



El vuelo  
de la  
*mariposa*  
negra

Rosa Castro Palza

Calco-  
mania

# El vuelo de la mariposa negra

Rosa Castro Palza

El vuelo de la mariposa negra

*El vuelo de la mariposa negra*  
Primera edición, Lima, julio de 2016

© 2016, Rosa Castro Palza  
© 2016, Grupo Editorial Mesa Redonda  
S.A.C. Para su sello **Calcomanía**.  
Bolívar 241, Of. 202, Lima 18, Perú  
Telf. (511) 723 3741 / 608 5303  
[www.editorialmesaredonda.com](http://www.editorialmesaredonda.com)  
[contactos@editorialmesaredonda.com](mailto:contactos@editorialmesaredonda.com)

Edición general: Gabriel Arriaga Jusca-  
maita Producción general: Sandra López  
Vallejos Asistente editorial: Ángela Arce  
Gamarra Diseño de portada: Lily Morote  
Medina Fotografía de portada: Miguel  
Ángel Mamani

ISBN: 978-612-47116-5-7  
Hecho el Depósito Legal  
en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2016-08931

Prohibida su total o parcial reproducción por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de la casa editorial.

Impreso en Perú por Ediciones Altazor  
S.R.L. Jirón Tasso 297, San Borja, Lima  
R.U.C.: 20518160134  
El tiraje fue de 500 ejemplares.

*Andábamos sin bus-  
carnos pero sabiendo que andába-  
mos para encontrarnos.*

Julio Cortázar

## PRÓLOGO

*Ningún loco es-  
tá loco si se conforma  
con sus razones. Ga-  
briel García Márquez*

Vivía en la época del cemento y el fierro; en la era de la modernidad

y la tecnología, y evolucionando con inusitada rapidez.

Pero no era feliz.

Elena se movía por el mundo con toda la energía, la vitalidad y las sonrisas propias de una muchacha de su edad. Nadie que se hubiera cruzado con ella alguna vez habría imaginado que, detrás de todas esas ideas extravagantes y actitudes desafiantes, alimentaba una incurable soledad marcada por pensamientos y recuerdos dolorosos que solo encontraban paz en el sinfín de sueños románticos ambientados en siglos pasados, cuando enamorarse y vivir una idílica historia de amor parecía mucho más fácil que en la caótica era de las redes sociales.

Salvo un puñado de amigos íntimos, nadie conocía aquel secreto de su corazón.

A sus veinticuatro años creía haber pasado por casi todo lo malo que una mujer de su edad podría pasar. Y como resultado

de ello, después de muchos años de buscar su lugar en el mundo, sintió haber encontrado por fin un escape oculto entre las fantasías que su delirante imaginación había creado: la lectura.

No era completamente real y no le aseguraba la felicidad perpetua, pero de momento —pensaba— bastaba para estar bien y mantener a raya la tristeza en su vida.

## CAPÍTULO 1

*Hay quien ha venido al  
mundo para enamorarse  
de una sola mujer  
y, consecuen-  
temente, no es probable  
que tropiece con ella.  
José Ortega y Ga-  
sset*

Si había algo que ella amaba, era la lectura. Todas las personas que la conocían coincidieron en eso. Yo mismo pude comprobarlo durante los días que tuve el placer de compartir con ella. Un día, después de nuestro primer encuentro, me confesó que, aunque gustaba de leer todo libro que pasara por sus manos, tenía especial inclinación por las novelas ambientadas en el periodo de regencia inglesa.

Nos conocimos un martes en St. James's Park. Aquella mañana hacía frío a pesar del sol. Nada en especial me condujo hasta allá, solo quería respirar un poco de aire puro. Mientras caminaba por el lado sur del lago fui abordado por una jovencita morena que debía de tener unos veinte años; usaba botas negras altas y un abrigo beige, llevaba un libro y un mapa que apenas conseguía sujetar a causa del viento.



Se aproximó a mí con paso decidido, aunque en su mirada descubrí lo avergonzada que estaba. Por su inglés poco fluido supe que era turista.

—Hola, buenos días, podría indicarme, por favor, cómo llegar a... mmm, ¿la catedral de St. Paul? —dijo sonriendo y supe que intentaba darle a su acento mayor naturalidad.

No acostumbraba a ser muy expansivo con los turistas pero, por alguna razón, con ella fue diferente. Me miraba cordialmente, sin ese embeleso que reconocía muy bien en los ojos de muchas de las mujeres que solían abordarme por la calle. No parecía impactada por lo que estaba viendo, solo quería llegar a la catedral; me ofrecí a mostrarle el camino. Pareció sorprendida, supongo que solo esperaba recibir unas cuantas indicaciones de mi parte para luego retomar su camino sola. Sus ojos dudaron solo un segundo antes de volver a mostrarme una sonrisa de oreja a oreja, asentir y emprender el camino conmigo. Hice algunas preguntas, a las que ella respondió con frases cortas. Sí, llevaba poco tiempo en la ciudad. Estaba de visita. Sí, había venido con su madre pero ella había preferido quedarse a descansar en el hotel con una tía suya. No, no era europea. Sí, lo que había visto hasta el momento le parecía impresionante.

Era latina, específicamente peruana. ¿Dónde quedaba Perú?

En América del Sur, lo comprobé más tarde.

Caminamos hasta la catedral. Cuando llegamos a la entrada me dio las gracias por haberme tomado la molestia de llevarla hasta allí. Me preguntó mi nombre. Se lo di. No quería parecer maleducado, así que también le pregunté el suyo.

—Soy Elena —me dijo.

—Elena, espero disfrutes tus vacaciones en Londres. Hasido un placer conocerte —agregué en español, en un patético intento por mostrarme divertido.

Ella se rió. No podía creer que hubiera hecho tremenda escena ridícula frente a una desconocida. Me alejé al instante, pero ella me volvió a llamar.

—Matt, ¿quizá podría agregarte a Facebook?

Eso sí que me tomó por sorpresa. Me quedé en silencio por un momento, pero reaccioné de inmediato al notar el intenso rubor en su cara. Debió arrepentirse de ser tan osada.

—Claro, dime cómo encontrarte y te agregaré hoy mismo. Nuestra segunda despedida me dejó una sensación diferente.

Me alegraba que me hubiese detenido, que me hubiese abordado en el camino y que no me hubiera reconocido. Era simplemente una bonita muchacha latina conociendo a un inglés en un parque de Londres.

No pude esperar hasta el día siguiente.

Esa misma noche, al llegar a mi apartamento, busqué mi Mac y le envié una solicitud de amistad. A los cinco minutos mi solicitud ya había sido atendida y lo primero que me saltó a la vista fue la misma sonrisa que había visto por la mañana, acompañada por el fondo de lo que parecía ser un claustro.

Una ventana de conversación se abrió paso en la pantalla:

«Hola, Matt, ¡he conocido demasiado de Londres en solo unas horas, y tengo ganas de más!».

Sus letras irradiaban felicidad. Un inusual sentimiento de entusiasmo me invadió al notar la familiaridad con la que me hablaba.

Alrededor de las cinco de la mañana ya éramos mejores amigos. Sabía de su vida tanto como ella sabía de la mía. Fue así como supe que tenía veinticuatro y no veinte años, que cumpliría veinticinco en noviembre y era amante de la literatura. Amaba sobre todo las novelas y, últimamente, había desarrollado una especial tendencia por la literatura inglesa del siglo XIX; fue por eso que decidí visitar Londres. Llevaba cerca de una semana en el Reino Unido, y antes de llegar a la capital había pasado por el condado de Derbyshire, especialmente para conocer Chatsworth House.

No mencionó nada sobre su madre o algún familiar, lo cual me hizo suponer que quizá, por cautela, había mentido cuando dijo que venía con familiares. Intenté restarle importancia al asunto.

Hacía mucho que no tenía la suerte de conocer a una muchacha como ella. Me atrevo a decir —incluso— que nunca he vuelto a conocer a alguien así. La confianza que se había formado entre nosotros en unas pocas horas hizo que me aventurara a proponerle un segundo encuentro, al cual, para mi suerte, no se negó.

Quedamos en reunirnos en Covent Garden al día siguiente. Me ofrecí a buscarla en su hotel, pero ella se negó asegurándome que sabía cómo llegar.

\* \* \*

La tarde que pasé en Covent Garden con Elena es sin duda uno de los momentos más felices que recuerdo.

Comenzaba a molestarme su impuntualidad en el preciso momento en que la vi aparecer en la distancia. Venía abriéndose

paso entre la multitud de personas que caminaban por la vereda y se apretujaban frente a las vitrinas de las tiendas. Se veía bastante agitada. Cuando llegó hasta donde me encontraba esperándola, se deshizo en disculpas por haberse retrasado; yo solo pude sonreírle y decir que no tenía importancia, me alegraba que por fin hubiese llegado. Nos metimos en una de las cafeterías y hablamos por el resto del día y parte de la noche. Era una muchacha increíble. No hizo gran mención de su vida, pero me hizo miles de preguntas respecto a Londres, su historia y los lugares que podría visitar. En retribución me dio toda una cátedra de la historia de su ciudad. Nunca he sido fanático de la historia extranjera, pero contada por ella era definitivamente interesante. Se notaba en el énfasis que ponía a sus palabras lo mucho que le apasionaba hablar del tema.

Yo solo podía mirarla —estoy seguro de que para ese momento mi cara de idiota era percibida por todo el restaurante— y obligar a mi memoria a guardar cada expresión de su rostro para saborearla en soledad cuando todo terminara. Y sus labios... esa manera especial de gesticular mientras movía las manos. Cielos, era inteligente y bonita. No podía quitarle los ojos de encima.

—Así que ya sabes todo lo que podrías conocer si algún día decides visitar mi ciudad —sentenció con expresión triunfal.

—Quizá muy pronto me anime a visitarla, pero recuerda que necesitaré un guía. Y no aceptaré a nadie que no seas tú.

Las últimas palabras de mi frase se dispararon en el aire. Nos miramos en silencio por unos segundos. Ella sonrió y, por primera vez en veinticuatro horas, posó su mano sobre la mía y

la cerró en un cálido apretón que me recorrió el cuerpo con un estremecimiento delicioso.

—Claro, eso sería estupendo.

Ese fue un momento decisivo para mí. Con veinticuatro años, Elena era más que una jovencita. Era una mujer, y no cualquier mujer. Era de esas que podía atrapar la atención de un hombre en cualquier parte del mundo en la que se encontrara. No comprendía cómo era posible que estuviera sola —¿lo estaba?— y que de todos los lugares entre los que habría podido escoger, escogiera Londres, y que de los cientos de londinenses que caminaban aquella mañana por St. James's Park y a los que podría haber abordado, me hubiera abordado a mí. ¿Sería por alguna razón en especial? No. Habían pasado las horas suficientes para convencerme de que no tenía ni idea de quién era yo. No me había reconocido.

Tengo que admitirlo. En ese punto ya me tenía en sus manos. Si lo hubiera deseado, podría haberme besado ahí mismo y yo no hubiera puesto ninguna resistencia. Por el contrario, con todo el placer que puede concebirse en un solo hombre, mi boca —y quizá más que solo mi boca— le habría dado la bienvenida.

\* \* \*

—Estuvimos juntos por poco tiempo. Sin embargo, habría sido el hombre perfecto si no hubiese existido alguien más perfecto que él.

En la penumbra de la calle por la que caminábamos alcancé a ver una media sonrisa asomando en sus labios. Habían pasado las once

cuando salimos de Covent Garden, pero no nos apetecía pensar en el tiempo. Reafirmaba una vez más la idea de que realmente no había ninguna madre o tía esperándola en su hotel. Estando así, caminando con ella cogida de mi brazo, no deseaba que la noche acabara.

—Me dolió bastante al principio, pero después me acostumbré a la idea de estar sola de nuevo, y de que era libre para hacer todas las cosas de las que solía disfrutar... Y entonces lo superé.

Volvió a sonreír, esta vez con ganas.

—¿Y qué fue del «hombre más perfecto»?

—Nada. De él no fue nada. Creo que era demasiado bueno

para fijarse en alguien como yo.

En ese punto la detuve. ¿Qué demonios estaba diciendo?

Pareció interpretar la incredulidad en mi cara y se rió.

—Olvida lo que dije... es una tontería.

Contrario a lo que decía, su sonrisa delataba que no se trataba de ninguna tontería y mi curiosidad llegó al límite. ¿Quizá si estuviera sola...? No. Debía mantener las formas con ella. Hasta ese momento, no me había dado ningún indicio de querer llevar nuestra reciente amistad a mayor intimidad. Pero era imposible no fantasear con un beso estando tan cerca de ella, detenidos en mitad de la calle vacía, con ese frío horroroso.

Acorté un poco más el espacio que nos separaba. Con el mayor cuidado posible, coloqué mi brazo —el mismo que un minuto antes ella tenía sujetado por el frío— alrededor de su cintura. Busqué sus ojos en la oscuridad y, con inmenso placer, descubrí que también ella había buscado los míos.

—Eres una de las mujeres más increíbles que he conocido. Y no he conocido pocas.